
1936-1986.

CINCUENTA AÑOS DESPUES

BEATRIZ MONREAL HUEGUN

A JUAN JOSE AREIZAGA

*«Y una mañana todo estaba ardiendo.
Y una mañana las hogueras
salían de la tierra
devorando seres,
y desde entonces fuego,
pólvora desde entonces,
y desde entonces sangre.»*

PABLO NERUDA

«El cantor vagabundo» es una novela que Baroja escribió más o menos por los años cincuenta, en una época en que el país se arrastraba entre los recuerdos de una dramática guerra. Don Pio había perdido parte de su «impia» pluma, pero seguía empeñado en hacernos meditar desde casi su última vuelta del camino.

La novela, acorde con los tiempos que corrían, es furiosamente anti-comunista, pero algunas frases que vierte Baroja sobre la guerra son de permanente actualidad: «—¡La guerra! Me parece una estupidez y una brutalidad que no resuelve nunca nada. Es el reino de las malas pasiones, de la estafa y de la mentira. Se dice que se pelea por la Patria. Yo creo que donde hay despotismo y no hay libertad, no hay Patria.»

Por aquellas épocas, los niños oíamos hablar con mayor o menor apasionamiento de «nuestra guerra...» «cuando el movimiento...» y verdaderamente nos costó mucho tiempo llegar a comprender aquella obsesión tan reiterada de «rojos», «fachistas», «guerra civil», «dar el paseo», «cambiar de chaqueta», etc., ni quedaba muy claro por qué los italianos eran unos señores que se pasaron la guerra corriendo, ni qué pintaban los alemanes bombardeando Guernica:

*«Averno-ko egaztiak,
hegaletan zeramazkitela gurutze gamatuak,
beren adarretatik zintzilikatzeko,
martiri berriak.
Gernika!»*

Todo aquello dependía de las circunstancias, de los odios retenidos, de la necesidad de no olvidar, del cómo se vivían esas historias en las familias.

En mi cabeza de niña casi era tan importante el saber que con el bombardeo del puente de Orio a mi abuela Ináshi se le había rajado una sopera, que el que su hijo se dedicara a recorrer desde la cárcel de Ondarreta hasta la de Astorga, pasando por San Cristóbal y otras

muchas en unos viajes turísticos que se organizaban para prisioneros de guerra. Pero si me fascinaba ir leyendo fechas y nombres de penales en una cuchara sencilla de metal, un tanto desgastada, que mi abuela nos enseñaba como un tesoro, así como otras historias que contaba mi madre sobre su hermano que entró a la cárcel con mucho pelo y salió completamente calvo, o aquello de que el tío Eugenio había estudiado muchísima geografía...

Por los años cuarenta, las monjas nos hablaban de Azaña como si fuera el demonio y, al pronunciar su nombre, se extendía un fabuloso aroma de azufre, que podía incluso ocultar las otras nubes de incienso. Algunas compañeras de colegio sabían que su padre iba a faltar todavía de su casa mucho tiempo: «La tierra no es redonda, / es un patio cuadrado / donde los hombres giran / bajo un cielo de estaño». A veces estas ausencias eran esporádicas y únicamente coincidían con la llegada del Azor a San Sebastián. Todo era bastante confuso. Tampoco entendíamos muy bien por qué, de repente, con ánimo de insultarnos, alguien nos llamaba «hijas de la Pasionaria», que por cierto debía de tener los ojos como dos carbones, y éramos al mismo tiempo «cruzados de Cristo» en una época en que ya no se hablaba tanto de las cruzadas, como de la «Santa Cruzada», de una Cruzada de generales ateos, como recuerda un hispanista británico.

También me llamaba la atención que un agrónomo aragonés, hombre de derechas de toda la vida, pero entrañable y honesto se permitiera la broma de cimbrear su cintura y mover el esqueleto cada vez que pronunciaba el término «Movimiento». Como era bajito y rechoncho daba una imagen francamente divertida.

Crecíamos como plantas sin sol. Éramos flacas y desgarbadas. En el colegio, las clases de Historia acababan siempre con Napoleón y la valerosa Agustina pegando fuego a su cañón. Para entonces, habíamos machacado una y mil veces la Reconquista. Yo la recuerdo por sus apaños matrimoniales como un antecedente del «Hola»: Martín el Humano, Doña Urraca y Doña Elvira, Isabel la Católica y su famosa camisa, y pasábamos también mucho tiempo con los viajes de Colón. Colón yendo y viniendo y bautizando indios a gogó. La literatura tampoco daba mucho más de sí. Teníamos muy claro que existía el «Índice», preparábamos obras de teatro de Calderón que luego era un lío representar, porque no estaba previsto lo de llevar pantalones y resultaba una tremenda chapuza aquel sistema de convertir los uniformes, mediante imperdibles, en calzones. Machado no existía. Oíamos de vez en cuando los clarines de Rubén, pero Lorca y los del 27 eran absolutamente desconocidos y los jesuitas y las jesuitinas preferían hablar de Pemán. Tuvimos un terrible libro verde que se titulaba «Formación del Espíritu

Nacional», que nos lo enseñaba una señorita de camisa azul, así como los puntos de José Antonio. Y el euskera, únicamente estaba presente en el himno de San Ignacio, «gure patroí aundia...».

Confesaré que no se me hubiera ocurrido nunca cambiar el nombre de guerra civil por el de guerra «incivil», como la ha rebautizado el teólogo González Ruiz, por más que ello resultara evidente. Porque ¿qué hay de más incivil y estúpido que una guerra? Así, en este cincuentenario que ha transcurrido, en el que pese a todo, humean las cenizas, en estas «Bodas de Sangre» más que bodas de oro, ojalá que «el hijo de Cain ya no pueda / contra la primavera desatada / levantar su rencor, ni asesinar al beso», como Marcos Ana, deseó desde su celda de Burgos.

Porque de alguna manera la guerra «incivil», era el reducto a donde nos había precipitado el cainismo español como decía Unamuno.

Unamuno, tan agasajado en estos últimos tiempos, tuvo el buen gusto de morir a los pocos meses de que la rabia se hubiera extendido como epidemia por la piel de toro. De él se podría decir lo que se dijo de Pablo Neruda: que había muerto de fascismo. Como hombre honesto que fue, tuvo un comportamiento coherente. Bastaría recordar el discurso que pronunció siendo Rector de la Universidad de Salamanca ante los gritos del general Millán Astray quien, como un energúmeno, daba vivas a la muerte y mueras a la inteligencia: «Acabo de oír el necrófilo grito, "Viva la muerte". Y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de decirlos, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero desgraciadamente en España hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el general Millán Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor. Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Vencereis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no venceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedirlos que penséis en España. He dicho».

La guerra que se lleva todo por delante, no perdona tampoco a escritores ni a poetas. Algunos fueron escogidos para la muerte y los que pudieron elegir lo hicieron entre el exilio y la cárcel. En «Memoria de la Melancolía». M.^a Teresa León, cuenta como la noticia de la muerte de Antonio Machado les dejó sin aliento: «Nuestra literatura de combate expiraba. Federico, muerto al comenzar la agonía; Antonio Machado, al terminarla. Dos poetas. Ninguna guerra había conocido jamás esa gloria...».

Efectivamente, Machado moría viejo y pobre en Collioure, exiliado después de haber escrito aquellos versos a la muerte de Lorca:

*«Se le vio caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara».*

Lorca reposaba, anónimamente, entre sus olivos granadinos de Viznar. Sus amigos, algunos encarcelados, otros exiliados, otros viviendo un tiempo de silencio. Y mientras tanto, Manuel Machado, hermano de Antonio, escribía sonetos a Franco, «Caudillo de la nueva Reconquista»; «La sonrisa de Franco resplandece».

En Euskadi habíamos perdido a «Lauaxeta», a Aitzol y a tantos otros.

Probablemente «Lauaxeta» moriría recitando los versos que él había escrito:

*«Gorrotz barik, noan maitasun bidez.
Erain zidor orotan ezilkortasuna,
Zauri bakotxan leunki mosu bat ixuri,
etsaiaren burura jaurti maitasuna.
Arantzak min-zaituez?
Ez arrika lorai!».*

En estos tiempos difíciles en los que como decía Salvador Espriu, en su «Pell de brau»: «El sol no pot assecar, / pell de brau, / la sang que tots hem vessat, / la que vessarem demà, / pell de brau», algunos poetas se encaminan al exilio. Exilio para Guillén:

*«A pie sali de España por un puente
hace ya... ¿cuántos años? Treinta. ¡Treinta
de emigración! Recuerdo: Bidasoa,
Irún, Hendaya, lucha cainita.
Fiel al destino sigue el caminante,
a cuestas con su España fatalmente».*

dejando atrás «los caminos de España bordeados de sepulcros». Exilio para Salinas, para Juan Ramon Jiménez, «yo sali de España porque quise, ya que no estaba de acuerdo con lo que se hacía en ninguna de las dos partes. No es fácil dividir un país en dos mitades, una toda buena y otra toda mala...». Exilio para León Felipe, para Emilio Prados, para Altolaguirre, amargura también para Cernuda, «uno a uno los siglos morosos del destierro pasaron sobre mi», «Longa noite de pedra» para Celso Emilio Ferreiro,

*«Vin condeados a morte
cunha coroa amarela envolviendo
os rostros casi caliveras.
Vin camiños ateigados de mortos
mirando cara o ceo, preguntando.
Vin a Dios encadeado. Vin a libértá xungida».*

Exilio también para Alberti, para Maria Teresa León, para Merçe Rodoreda. «¡Quanta, quanta guerra!». En el exilio nacería su Colometa de «La Plaza del Diamante», su Aloma, su Quimet. Exilio también para Maria Zambrano, para Rosa Chacel, para tantas y tantas gentes que vivirían la posguerra lejos, aquella posguerra agria, donde los hombres apuntaban ruinas. Eran aquellos, unos días «sostenidos contra toda esperanza». Tres años habían pasado desde la victoria—Franco, Caudillo de Dios y de la Patria, el primer vencedor en el mundo del bolchevismo en los campos de batalla—o desde la derrota cuando Miguel Hernández muere en los presidios de España:

*«Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero.
Ata duro a ese hombre: no le atarás el alma.
Son muchas llaves, muchos cerrojos, injusticias:
no le atarás el alma».*

Y en las bodas de plata de su muerte—aquí no ha pasado nada—Orihuela celebraba tranquilamente unos juegos florales inocuos «en los que sólo se invita a los poetas españoles a cantar la flor de azahar». Cantar la flor de azahar a aquel poeta que, como dice Neruda llevaba en su boca «un ruiseñor manchado de naranjas, / un hilo de incorruptible canto, de fuerza deshojada», que había escrito estos arrebatados versos insistiendo sobre el desastre de la guerra: «una extensión de muertos humeantes / muertos que humean ante la colina, / muertos bajo la nieve, / muertos sobre los páramos gigantes, / muertos junto a la encina, / muertos dentro del agua que les llueve...».

Pero era necesaria la paz. La paz con las letras mayúsculas escritas con el corazón, fuera de la paz oficial: de la paz por decreto.

Celaya, tranquilamente hablando, dirá: «Pese al odio, al cansancio, las lágrimas, los dientes, / pese a las durezas de la sangre congelada, / yo que pude seguirlo, / reime como el mundo, / no lo entiendo—es sencillo—, / no entiendo su locura». Porque la guerra es una locura y el poeta hermaniarra no entiende «esos ladridos y esa espuma de odio».

Blas de Otero mira hacia atrás «si repaso / con los ojos tu ayer, salta la sangre / fraticida...» y toma fuerzas para el luego, para el mañana, dando todos sus versos por un hombre en paz. Obsesionado, casi enfermo, porque su patria se le representa como «una noche emergiendo entre la sangre, o una vieja, horrorosa plaza de toros de multitud sedienta y hambrienta y sin salida». Y pide Otero al mar, al mar alrededor de España, que borre «los años fraticidas y que una en una sola ola las soledades de todos los españoles». Y tuvo que llegar a sus cincuenta y dos años para decidir que «los caramelos son de más vivos colores y la bandera, más desteñida».

Lo que nunca sabremos es, cuáles serían los sentimientos de la inmensa mayoría silenciosa que no supo o no pudo transmitirnos su horror. Y como la guerra es además de horror un craso error, vamos a adjudicarles a estos silenciosos la voz de nuestro bardo Xempelar:

*«Ez naiz ni guerraren zale,
baizik pakearen alde;
zeñek nai duen galde,
berari tira dale,
bala bat sartu buruan
aspertuko da orduan!».*